

¿Cómo se escribe una biografía?

Anna CABALLÉ MASFORROLL

Unidad de Estudios Biográficos (Universidad de Barcelona)

Conferencia dada en la Facultad de Historia de la Universidad Autónoma de Barcelona, 15 de mayo de 2012.

Poder hablar sobre el género biográfico y los problemas metodológicos que plantea en un Departamento de Historia ya es en sí mismo un avance respecto a épocas anteriores en las que la biografía no gozaba del menor aprecio entre los historiadores. Sin duda, el cambio responde al giro axiológico que dio la cultura española a principios de los años noventa en relación a las *escrituras auto/biográficas*. Utilizo la barra inclinada para referirme a ambas modalidades que, en mi opinión, plantean el mismo desafío epistemológico: escribir sobre una vida humana real, que ha existido. Si bien la diferencia entre ambos géneros es evidente: en el caso de la autobiografía es el propio protagonista el autor y narrador del relato, mientras que la biografía parte de una sustancial diferencia entre el autor del relato o biógrafo y el protagonista del mismo o biografiado. La diferencia incide fundamentalmente en la naturaleza del *punto de vista* empleado: en el primer caso es el autobiógrafo quien habla de sí mismo y no hay duda de que tiene un gran dominio de la materia, pero al autobiógrafo le es imposible salir de sí mismo para contemplarse con objetividad, si bien son numerosísimos los textos autobiográficos que incluyen un gran esfuerzo por parte de sus autores para ser ecuánimes. Por el contrario, el biógrafo, al no disponer de la misma profundidad de conocimiento cuando habla del otro, se ve obligado a recabar información en forma de testimonios, documentos y todo tipo de material que le permita ampliar al máximo sus posibilidades de conocimiento y de comprensión del biografiado.

Un caso ejemplar en este sentido es el de James Boswell en relación al gramático y biógrafo a su vez, Samuel Johnson. Su *Life of Samuel Johnson, Ll. D.*, publicado en su primera edición el 16 de mayo de 1791, es sin duda la obra de referencia a la hora de hablar del género biográfico, por la forma en que Boswell encara su trabajo de biografiar al fundador de la filología inglesa moderna recurriendo al manejo de un abundante material documental -cartas, consulta del diario escrito irregularmente por Johnson a lo largo de su vida, cientos de horas de conversaciones con él, fruto de “más de veinte años de relación”, testimonios, entrevistas y labor de investigación. Escribe Boswell en el aviso a la primera edición:

Si tuviera que detallar los libros que he consultado y las indagaciones que me ha parecido necesario emprender, probablemente se me tendría por ridículo y ostentoso. Permítaseme observar tan solo, como botón de muestra de mis desvelos, que a veces he tenido que correr de una punta a otra de Londres sólo por fijar con la debida precisión una fecha, a sabiendas de que una vez lograda la máxima exactitud no me valdría ningún elogio, si bien un mínimo fallo en este sentido me habría desacreditado del todo¹.

En tan breve pasaje, Johnson ya hace referencia a uno de los mayores problemas a los que se enfrenta la biografía, esto es, la *credibilidad*, una cuestión tan porosa y

1. Utilizo la edición de Barcelona, Ediciones del Acentilado, 2007, p. 8.



delicada que, como dice Johnson, requiere de muchos esfuerzos ganarla ante el lector y que, sin embargo, como biógrafos, podemos perderla de inmediato. Un solo error puede llevar a impugnar el conjunto de una obra. Pero, como decía, la *Vida de Johnson* de Boswell es un caso ejemplar, pues con su libro el autor marcaría un antes y un después en la escritura biográfica, ya muy evolucionada en el último tercio del siglo XVIII en Gran Bretaña. “Gran Bretaña rezuma biografía, para incompreensión y diversión del resto del mundo. Es una especialidad de nuestro arte y de nuestra literatura. ¿Qué otro país tiene un museo nacional de retratos y un diccionario nacional de biografías?”². observa Michael Holroyd (biógrafo, entre otros, de Lytton Strachey) en un atractivo ensayo en el que reflexiona informalmente sobre el género³.

Por el contrario, el desdén de la cultura española hacia los géneros auto/biográficos ha sido secular, si bien éstos no dejaron de manifestarse en el pasado, como creo haber demostrado en mi ensayo *Narcisos de tinta*, publicación que resume las conclusiones de mi tesis doctoral sobre la literatura autobiográfica en España durante el franquismo (1939-1975)⁴. El problema ante dichos géneros ha recaído más en la recepción –pobrísimas e infirmas– que en la creación, ya que tanto la cultura española como la catalana disponían de magníficos textos autobiográficos (las *Memorias* de Josep Maria de Sagarra o los dos primeros volúmenes de las *Memorias* de Carlos Barral, por poner dos ejemplos señeros). Y es la recepción de dichos géneros la que dio un giro teórico-crítico en los años noventa mostrando una nueva sensibilidad en su valoración tanto formal como de contenido. Por ejemplo, las autobiografías y memorias dejaron de considerarse como una muestra de exhibicionismo y vanidad para comprender lo necesario que era disponer del conocimiento del individuo si queremos construir una verdadera Historia social.

El reto en el que ahora mismo estamos implicados es el de la producción biográfica, si de algún modo queremos evitar que sea el hispanismo internacional el que lleve a cabo la escritura (la única escritura consensuada, añadiría, y el ejemplo que ofrece el Diccionario Biográfico Español, con la abierta oposición de buena parte de la comunidad académica, muestra lo que ocurre en caso contrario), y por tanto la fijación de los personajes más relevantes de nuestra cultura. La situación es tan preocupante que

2. Podría responderse que España también tiene su *Diccionario Biográfico Español* en 50 volúmenes, iniciativa de la Real Academia de la Historia (2011), si no fuera porque las impugnaciones que han recibido algunas entradas (la de Francisco Franco es la que más críticas ha recibido) han puesto de manifiesto la falta de consenso intelectual de la iniciativa, hecha a espaldas de la comunidad académica. El historiador Santos Juliá, uno de los más críticos con el Diccionario, consideró en una conferencia en Santillana del Mar (en el ciclo "Lecciones y maestros") que la Real Academia de la Historia debería “destruir la edición en papel del *Diccionario biográfico español* porque no ofrece ninguna garantía”, y, asimismo, debería “someter a corrección” la versión digitalizada para colgarla luego en la Red. “El diccionario ha sido hecho de una manera chapucera, desde el principio hasta el final”, afirmó en una entrevista con Efe (21/6/2011). Comparto la opinión del profesor Juliá y veo con asombro que la Academia de la Historia, lejos de aprender la lección, y al hilo de la confección del Diccionario, ha puesto en marcha un Centro de Estudios Biográficos para el cual no ha mostrado el menor interés en establecer contacto con la Unidad de Estudios Biográficos (fundada en 1994), que dirijo, y que tiene una larga experiencia en el estudio de la biografía. ¿Cómo puede organizarse un centro de referencia menospreciando las aportaciones de los especialistas en la materia?

3. *Cómo se escribe una vida. Ensayos sobre biografía, autobiografía y otras aficiones literarias*, Buenos Aires, La Bestia Equilátera, 2011, p. 35.

4. Anna CABALLÉ, *Narcisos de tinta. Ensayo sobre la literatura autobiográfica en lengua castellana*, Madrid, Megazul, 1995. Véase también “¿Dónde están las gafas? La biografía, entre la metodología y la casuística”, en *Historia, antropología y fuentes orales*, núm. 46 (2011).

admite que se formulen preguntas como: “¿pueden los historiadores españoles tener una visión objetiva de nuestro pasado?”⁵. Cualquiera puede comprender que la historia no es sólo un relato, más o menos fascinante o aleatorio, del pasado, sin que importe quién está detrás de ese discurso. Importa y mucho. El acto de representar el pasado, de transformarlo en una relación consecvente de hechos y situaciones mediante la palabra, otorga al responsable de la representación un gran poder (eso ya lo vio Maquiavelo). El poder reside en la forma que adquiera finalmente esa representación –su grado de verdad, la agudeza de la mirada, la capacidad de transformar la complejidad del pasado en un discurso comprensible y eficaz–, pero también en el significado que el historiador atribuye a los sucesos y situaciones dilucidados en el *continuum* de la experiencia humana de una comunidad. El historiador es, pues, el dueño del paisaje que pinta en su lienzo y está en su poder decidir el alcance representativo, y por tanto simbólico, de los personajes y acontecimientos que describe. En otro sentido, el historiador es el principal responsable de trazar una línea imaginaria, pero fundamental para que pueda formarse la conciencia histórica individual, entre nuestra experiencia y la de nuestros antepasados. ¿Qué pasa cuando una sociedad abdica de ese deber moral que es la construcción y revisión incesante del propio pasado y se desentiende, por pereza, por falta de confianza, por pura inconsciencia, por venganza, de su patrimonio?

El fenómeno no es similar en el ámbito de la cultura catalana, donde intelectuales como Albert Manent entienden la empresa biográfica como un servicio a la comunidad, una herramienta de preservación del ser frente al olvido.

Diez reglas para escribir una biografía⁶

1. La historia debe ser verdadera

La biografía, como género, se ha construido sobre personajes reales, no sobre personajes mitológicos o ficticios (Plutarco, por ejemplo, en los orígenes del género, incluyó sendas biografías de Teseo y Rómulo en sus imprescindibles *Vidas paralelas*). El biógrafo contrae un compromiso con la verdad de los hechos y debe decirnos lo que sucedió en la vida del biografiado, más allá de sus propios deseos o aspiraciones. Muchos biógrafos dramatizan sus narraciones con descripciones de emociones supuestas, coloreando los escenarios de la acción, recurriendo a forzadas estrategias de suspense... Yendo más lejos, se pueden desplegar métodos progresivos de ficcionalización: inventar encuentros entre el biógrafo y el biografiado, imaginar episodios, hipotéticas conversaciones, amores, sentimientos, etc. Sin duda, estos recursos pueden atraer lectores, pero perjudican al género, desvirtuando la naturaleza de su objetivo. Todos somos conscientes del riesgo que implica hablar de una verdad comprobable en la era postmoderna. Sin embargo, hay que distinguir epistemológicamente entre la necesidad que tiene el biógrafo de suturar de algún modo los vacíos reales de su relato con el recurso a la ficción.

Siendo estos textos, para los que han surgido muchas propuestas terminológicas, de un gran atractivo para algunos lectores, no pueden considerarse biografías. Como dijo John Updike: “hay biografías que no son más que novelas con un índice

5. *Babelia*, 22-9-2007.

6. Cfr. Hermione LEE, *Biography. A Very Short Introduction*, Oxford, Oxford University Press, 2009.



onomástico”. Facilidad para el biógrafo de la organización cronológica (modelo Boswell). Pero hay muchas alternativas narratológicas a partir del *énfasis*.

2. La historia debe fundarse en la vida entera

¿Qué entendemos por la vida entera? Las expectativas sobre el género han evolucionado mucho. Si bien hasta principios del siglo XX se consideraba meritorio que un biógrafo prescindiera u ocultara los detalles o anécdotas relacionados con su infancia, su vida doméstica –que apenas se mencionaba– o sus gustos personales... Ahora los lectores de una biografía esperan disponer de la mayor cantidad de información relevante, conocer detalles relacionados con las motivaciones, los miedos, los hábitos sexuales, la relación con el dinero, los padres, los hijos, la familia... Incluso los sueños y las fantasías, todo aquello que pertenece propiamente a la vida íntima del ser humano es de interés para el biógrafo y objetivo de su relato. Esta regla no contradice la anterior, es una cuestión de límites.

3. Nada debe ser omitido ni censurado

Los lectores contemporáneos esperan de una biografía que su autor haya procedido con ecuanimidad, sin censuras ni idealizaciones a fin de potenciar una determinada imagen del biografiado. Y el valor del ejercicio de escribir la vida de Otro depende de que el biógrafo actúe con honestidad y que sus investigaciones sean todo lo minuciosas que el planteamiento requiera (léase la cita anterior de Boswell). Incluso si a veces es duro distinguir si es preferible la hipocresía o el escándalo, la ética de nuestra sociedad conlleva la creencia en la sinceridad y la franqueza. De ahí el carácter profundamente subversivo de la biografía como una escritura capaz de resistirse a los intereses de la autoridad.

La línea que separa en la actualidad la vida pública de la privada es mucho más tenue que cien años atrás y la índole de los intereses ha cambiado: la vida privada del individuo proporciona la ocasión de valorar la coherencia moral de un individuo, aspecto fundamental en nuestra sociedad, hastiada del ejercicio de la doble moral y de la hipocresía.

4. Todas las fuentes usadas deben ser identificadas

La biografía no es un “espacio de creación libre”. Precisamente por el hecho de tratar de seres reales, está sometida a cuestiones legales de propiedad, permisos y derechos (derecho al honor, a la privacidad...). Hasta el siglo XIX la escritura biográfica no distinguía entre las fuentes y las citas y las aportaciones del propio biógrafo. El concepto *Life and Letters* emerge en el siglo XIX. Pero en la actualidad es obligado reconocer e identificar la procedencia de todas las fuentes utilizadas. Es un hecho decisivo, que permite distinguir de inmediato una biografía de calidad de otra que se apoya en la refundición de obras anteriores.

5. El biógrafo debe conocer el tema

En los más tempranos ejemplos de escritura biográfica pasan cientos de años entre la vida de un personaje y la escritura de su biografía (Vida, como solía llamarse). Plutarco, por ejemplo, escribe sus *Vidas paralelas* en un lapso de tiempo comprendido entre el año 98 y el 125 d.C., pero escribe sobre griegos célebres que vivieron 300 años antes de Cristo. Es un procedimiento que ha ido evolucionando, lógicamente, en beneficio de la fiabilidad de las fuentes: cuanto mayor es el lapso de tiempo entre la vida del individuo y su escritura, la pérdida de fuentes es incontenible: testimonios, documentos, etc. Un ejemplo de cómo no debe proceder un biógrafo lo ofrece Juan Bonilla en su biografía de Terenci Moix⁷, rehuendo explícitamente la investigación en relación a su biografiado.

6. El biógrafo debe ser objetivo

La noción tradicional de que la biografía debe ser impersonal y autorizada quedó impugnada ya a principios del siglo XX, con la gestación de una *nueva biografía* escrita con una voluntad de estilo y adoptando un punto de vista voluntariamente desmitificador. Al respecto, una obra de referencia es la deliciosa biografía de la reina Victoria (*Queen Victoria*, 1921) escrita por Lytton Strachey, un biógrafo que insistió en que su tarea no podía ser de ningún modo desapasionada.

Una biografía puede escribirse por muy diversos motivos: interés por el personaje, de un editor, de un agente... No dudamos de que el sujeto de la historia sea elegido libremente por el biógrafo. Dicho esto, la cultura anglosajona distingue entre biografías autorizadas y no autorizadas, según cuenten o no con la autorización del biografiado. Tiene mucho sentido en su caso, pues todos los personajes de cierta relevancia disponen de su propio biógrafo, depositario del material documental o bien que tiene libre acceso a él, o bien al material que el biografiado considera oportuno suministrar. El hecho de la biografía autorizada, rica en información de primera mano pero forzosamente sujeta a los intereses del biografiado, ha generado la existencia de biografías no autorizadas que, disponiendo del material facilitado por la biografía autorizada, puede ir más lejos y establecer su propia ruta investigadora. Un caso difícil de explicar: ¿quiénes son los biógrafos oficiales de los reyes de España? Del rey Juan Carlos, presumiblemente Paul Preston. ¿Dispone de biógrafo/a autorizado/a doña Sofía?

7. La biografía es una forma de la Historia

Lo es, en la medida en que para reconstruir la trayectoria vital de un ser que vivió en otro tiempo se debe recurrir a los mismos procedimientos que utiliza un historiador para conocer los hechos. Podría decirse que a medida que se fue intensificando el distanciamiento entre historia y la literatura, los historiadores se alejaron del relato biográfico sosteniendo que la vida humana no tiene la forma de una narración. Es lamentablemente in-artística. Holroyd afirma, sin embargo, que la marginación sufrida por el biógrafo a manos del historiador, a causa del rechazo a los recursos narrativos empleados por aquel, hizo prosperar al biógrafo: “mientras que tanta historia ha sido honrosamente academizada y hasta la novela se ha parapetado tras

7. *El tiempo es un sueño pop. Vida y obra de Terenci Moix*, Barcelona, RBA, 2012.



CABALLÉ ¿Cómo se escribe una biografía?

las teorías académicas, el biógrafo sigue siendo libre de vagar allá donde le lleve su instinto”⁸.

Podría sostenerse que es una forma de la Historia –es una escritura del pasado apoyada en pruebas- que disfruta, pese a todo, de una libertad extraordinaria a la hora de abordar la comprensión del biografiado.

8. La biografía requiere una reflexión sobre la identidad

Este es seguramente el punto más discutido en el ámbito de la cultura española, donde siglos de Inquisición y tridentismo han diseminado un rechazo frontal a la *cualidad psicológica* en los textos auto/biográficos. Pero es un punto decisivo que impone preguntarse: ¿cómo conocer a alguien? ¿Cuál es la mejor forma de describir una identidad y hacerlo de la forma más completa posible? La necesaria evocación a través de anécdotas (el método preferido de Boswell y también de Strachey), incidentes reveladores, descripción, diálogos, encuentros con otros, momentos decisivos, actos/hechos singulares, preferencias, peculiaridades hábitos... a fin de compensar la frialdad de los datos. Cada biógrafo debe elegir, a través de todas las opiniones y fuentes de que dispone, la mejor forma para describir lo que el ser es y cómo se ha formado. Y debe enfrentarse a la constante y oculta negociación que todo individuo mantiene entre la existencia interior y la conducta pública. No es necesario disponer de una teoría existencial previa, pero sí haber reflexionado sobre la existencia humana y sobre la mejor forma de hacerla inteligible a otros.

44

En todo caso, quien no siente curiosidad por la naturaleza humana difícilmente será un biógrafo apreciable.

9. La historia debe tener algún valor para el lector

Aspecto fundamental que decanta el éxito de una biografía. En ella debe preservarse el hábito de la vida, y no ser una exhibición erudita. Pero también debe sugerir cuestiones morales. En épocas anteriores era imprescindible que la biografía encerrara un elogio o muestra de la virtud y de ahí el carácter *ejemplar* consustancial a la biografía, pues es un espejo de la vida humana. Es un concepto que, habiendo evolucionado, no ha desaparecido del todo, aunque ahora el planteamiento es más abierto y contempla el contraejemplo. En todo caso, una biografía nos muestra cómo han transcurrido otras vidas, abre nuestra mente a vidas muy distintas de las nuestras y en este sentido encierra un contenido educativo, o mejor formativo. Sugiere modelos de conducta, en el sentido que Amelia Valcárcel da al término modelo: “Los modelos son personas concretas por las que sentimos respeto y admiración, a las que libremente decidimos imitar. El ser humano tiene la potestad de elegir sus modelos. Quien quiere ser algo se fija en cómo son y lo que hacen o hicieron aquellos tenidos por mejores”⁹.

Los opositores a la biografía la atacan por su inmoralidad. Palabras como violación, vergüenza, intrusión, allanamiento, privacidad son utilizadas a menudo. Henry James quiso adelantarse a sus biógrafos: “Mi único deseo es frustrar tanto como pueda al posible explotador *post-mortem*”, escribió a su sobrino, a quien nombró

8. *Cómo se escribe una vida*, p. 60.

9. *Rebeldes*, Barcelona, Plaza & Janés, 2000, p. 19.

albacea literaria. James destinó una de sus novelas, *Los papeles de Aspern* (1889), a cargar contra la biografía y sus límites bajo la forma de un crítico literario que viaja a Venecia en busca de las cartas que su admirado poeta Jeffrey Aspern escribió a una mujer de la que estaba enamorado. La vida de Aspern acabará cruzándose con la del crítico generándose situaciones anómalas, de una enorme ambigüedad moral. Con toda su oposición a la biografía y a la labor de los biógrafos el gran novelista no pudo evitar, sin embargo, que Leon Edel escribiera una de las mejores biografías literarias de nuestro tiempo (*Henry James: A Biography*, en cinco volúmenes)¹⁰.

10. La biografía no tiene reglas

No las puede tener porque cada biografía genera su propia metodología, derivada tanto de las circunstancias singulares que la motivó como, y fundamentalmente, de la singularidad del biografiado. Cada personaje reclama su manera de acercarse a él.

Esta última regla impugna pues las nueve reglas anteriores y cede el protagonismo a la vocación y la profesionalidad del biógrafo.



10. Nueva York, Avon Books, 1978. Véase del mismo autor *Vida de Henry James*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1987.